

UNA NARRATIVA OSCURA SOSTENIDA POR HILOS DE ARAÑA

Camacho, B. (2023). *Sangre nueva*. Random House

Bibiana Camacho escritora, editora y guionista mexicana, originaria de la Ciudad de México. Estudió la maestría en Lingüística Hispánica en la UNAM. Colaboradora tanto en medios impresos como digitales: *Letras explícitas*, *Laberinto de Milenio*, *Revés*, *La Tempestad*, entre otros. Finalista del Premio Antoin Artaud 2010 por *Tras las huellas de mi olvido* (2010).

Desde sus primeros volúmenes de cuentos *Tu ropa en mi armario* (2010), *La sonámbula* (2013) y *Jaulas vacías* (2019), Bibiana Camacho ha utilizado objetos inanimados y cotidianos para crear un vínculo siniestro con sus personajes y sus lectores. De esa forma, en *Sangre nueva* (2023) la escritora explora la compleja relación entre madre e hija, pero a partir de la herencia de un departamento. Para ello, Camacho utiliza una prosa concisa y llena de emociones, herramientas que le sirven para contarnos una historia, la cual se siente tan real hasta hacernos dudar si eso sucedió en verdad.

La historia se centra en Casandra, quien, con la muerte de su madre, se tiene que enfrentar al departamento donde pasó su infancia, lleno de recuerdos y fantasmas; por lo que ella y su novio se mudan allí, con la condición de que sea sólo por un tiempo. Sin embargo, la constante presencia de su mamá, su papá, las vecinas y hasta su propio novio, harán sentir a Casandra atrapada entre el pasado y el presente.

Así, desde las primeras páginas de *Sangre nueva*, somos introducidos a un ambiente tétrico y de tensión, poniéndonos los pelos de punta sin saber el porqué: “Un espasmo recorrió su espalda. En las fotografías familiares mamá aparecía sin rostro. La imaginó amputando cuidadosamente cada una de ellas. Se preguntó qué herramienta habría usado: cúter, navaja de afeitar, tijeras para manicura. Los cortes eran precisos. Sólo el rostro estaba

ausente” (p. 13).

Escrita en *in media res* con el uso de la analepsis, la autora va desarrollando la historia de Casandra dividida en dos: su infancia y su presente. Estas dos historias comienzan siendo dos líneas diferentes que, poco a poco, se entrelazan, creando una sensación onírica y surrealista. Aunque la prosa es precisa y no se detiene mucho en los detalles, la autora logra que un objeto inanimado como lo es el apartamento se convierta en un personaje más de la historia, por lo que su presencia es constante durante toda la obra, revelándose como un ente.

Conforme avanzamos, el apartamento es un objeto de incomodidad tanto para Casandra como para el lector: “Recordaba las paredes pintarrajeadas con frases ininteligibles que mamá solía elaborar cuando estaba ebria [...]. Las hacía para no olvidar, decía. Pero nunca dijo qué era lo que no quería olvidar” (p. 29). Por lo tanto, podemos ver que el departamento se convierte en un contenedor de recuerdos, los cuales Casandra ha luchado por olvidar. De esa forma, dentro del departamento era como si su madre nunca hubiera muerto y que, por el contrario, sigue ahí tan viva y respirando a través de cada una de las paredes.

La mamá es un personaje del cual no sabemos mucho al inicio, por la sinopsis nos enteramos de la relación compleja con su hija, pero sólo eso. De manera que desconocemos mucho acerca de su pasado, porque para Casandra es sólo su mamá: una madre controladora, cruel, violenta, manipuladora, pero también cariñosa por momentos y divertida. Es así como Casandra tiene que ir de puntitas alrededor de ella porque no sabe cuál será su reacción. Hablamos así de un amor condicionante y no siempre disponible: “-Mira nada más cómo traes el vestido [...]. De nada sirven mis esfuerzos por ponerte presentable. Eres una guarra [...]. -Vete a acostar, ya es tarde -agregó aún con la respiración entrecortada. La hija no logró descifrar el mensaje de fondo. Hizo algo malo, sin duda. Se sentía sucia y despreciable” (p. 47). Mamá tenía un poder sobre Casandra niña, si algo no le gustaba ella lo cambiaba para hacerla feliz. Desde la perspectiva de los recuerdos de la niña, su madre era compleja y cruel por momentos, pero eso no abarca la totalidad de este personaje. Conforme avanza la historia el lector logra observar los claroscuros de la mamá y comprender muchas de sus actitudes, sin excusar sus acciones, las cuales son reprochables.

El padre es un personaje relevante para completar la imagen de la familia de Casandra. Un hombre estricto y controlador, siempre discutiendo con su mujer por tonterías, y sólo para llevarle la contraria. Un padre sin remordimientos por dejar a su hija con una madre poco estable. Queda claro que el control ejercido del padre sobre la mamá y de ella hacia Casandra creaba un ambiente disfuncional en el departamento:

Padre tenía la mala costumbre de ocultar cosas. Identificaba un objeto que a mamá le gustara mucho y lo escondía en un sitio distinto [...]. Aunque mamá estaba convencida del juego siniestro [...] evitaba decir qué se le había extraviado u olvidado [...] por temor a que Padre le dijera, como hacía con harta frecuencia: –Estás mal, cálmate, pareces loca. (p. 34-35)

Esta clase de “juegos siniestros” es parte importante para entender más a la mamá y lo que ella vivió en su relación.

Otro personaje masculino con influencia en la vida de la protagonista es su novio actual, Fernando, con quien parecía tener una relación estable, antes de la muerte de su madre, ya que, aunque tenían algunos problemas, Fernando la escuchaba y se querían. O al menos eso se nos da a entender en las primeras páginas: “Ni cuenta se dieron cuando regresó la luz, pasaron horas fantaseando: una casa fuera de la ciudad con un pequeño huerto y un jardín” (p. 28). No obstante, conforme avanzamos en la historia, se nos ofrecen más detalles de su relación y el cambio que sufre Fernando al mudarse al departamento: “– Qué mal que dejes plantadas a las vecinas. Son un poco fastidiosas, pero no son malas. Les hubiera caído muy bien sangre nueva” (p. 62). Estas “pequeñas” sugerencias tienen el fin de manipular a Casandra, son detalles tan insignificantes y tan bien contruidos que juegan con la psique de la protagonista y la hacen creer cosas que quizá no son.

De esa manera, podemos decir que Casandra es un entramado de recuerdos de su infancia mezclados con la mujer que es hoy. Un personaje construido con muchos detalles y capas. Por ejemplo, la relación con su mamá es complicada como ya se ha mencionado: “El suelo se movía bajo sus pies con la misma cadencia de siempre; los susurros de mamá no aumentaron de volumen [...] El duelo padecido durante años de separación asomaba tímido y distante. Mamá ya no estaba, su cuerpo, voz, esencia” (p. 52). Esto se debe a que a pesar de todo lo sucedido en la infancia de Casandra, también quiere a su mamá y sufre por su muerte. Por consiguiente, durante todo el libro, la presencia de la madre en la vida de Casandra se muestra de diferentes formas: sueños, pesadillas, murmullos, olores, reflejos, creando un ambiente siniestro dentro del departamento, como si mamá no hubiera muerto. Para Casandra esto es muy incómodo, remitiéndola constantemente a recuerdos olvidados que la hacen reflexionar y cuestionarse sobre cómo es ahora: “En cambio, Casandra y mamá eran parecidas, aunque se creyeran tan distintas una de la otra” (p. 49). Y ese es el verdadero miedo de la protagonista: parecerse a su mamá, lo cual pareciera estar sucediendo cada vez más conforme pasa el tiempo, por lo que cada cosa que sucede la remite a un recuerdo que a su vez guarda varias similitudes con su presente, y con eso, también se siente más parecida a su mamá:

Muchos de los recuerdos de infancia eran sólo suyos, jamás los había compartido con Fernando, a pesar de los años que llevaban juntos. Resguardaba el terreno de su memoria con devoción. Mamá, Padre y Casandra conformaron un universo particular y espinoso en el que cada uno cumplió su papel al pie de una narrativa oscura y sostenida, apenas, con hilos de araña. (p. 127)

Esta familia disfuncional sólo existía en las paredes del departamento y en los murmullos de las vecinas chismosas. Personajes que están ahí para recordarle a Casandra todos sus errores, como lo hacían con su madre, criticando todas sus acciones, pero de una manera velada, simulando amabilidad y preocupación. A cada momento hay una vecina esperando darle una recomendación, invitándola a una reunión, hablando con Fernando, justo como sucedía con su mamá: “– No tiene remedio, creo que es peor que su mamá, pero con sangre nueva” (p. 160).

Estas similitudes van sucediendo cada vez más, hasta el punto de ser asfixiantes. Por lo que la protagonista sólo puede respirar cuando habla con Manuela, su amiga, la única persona que realmente se preocupa por ella, y gracias a quien Casandra va notando todo lo malo de su entorno y comienza a reflexionar sobre el daño que éste le ocasiona.

Así, la herencia de su mamá es aterradora, pero ya no de la misma forma que antes. Ya no les tiene miedo a los recuerdos de su madre, ahora es un miedo diferente, es decir, ahora el miedo es a que la historia se repita, a sufrir lo mismo que su madre enfrentó, como un ciclo o un patrón. Por ello, al final, su única salida es alejarse de aquella herencia que ha recobrado vida y trata de enloquecerla y de asfixiarla hasta matarla, hasta hacerla parecerse a su madre: “Salió del departamento, caminó de puntitas por los pasillos. En cuanto alcanzó la calle, escuchó la carcajada de mamá. Tiró las llaves del departamento a la alcantarilla y caminó hacia la avenida” (p. 162).

Por último, podemos decir que *Sangre nueva* es una obra con muchas raíces en la familia, pero en este caso una familia disfuncional; de tal manera que hasta los recuerdos y los objetos heredados forman parte de esa disfuncionalidad. Así, esta obra se convierte en un retrato de la herencia dejada por los padres a sus hijos, pero no sólo en cuanto a lo material, sino también en lo emocional y en lo psicológico.

Yamila Soriano Zamora

Universidad Autónoma de Tlaxcala
sorianozamorayamila@gmail.com
